

LA BODA DEL EMPERADOR

El 10 de marzo de 1526, se casaban en el Alcázar de Sevilla el rey Carlos I, emperador del Sacro Imperio, y la princesa Isabel de Portugal. Festejaba su triunfo europeo y elegía la ciudad de Sevilla, *en premio a su fidelidad durante la rebelión comunera*. Razón previa o justificación posterior, la mayor ciudad de Europa fué escenario dónde exhibir el boato portugués. Pero es esa supuesta *fidelidad* sevillana al emperador, lo que nos interesa.

El joven archiduque Carlos *de Flandes* había empezado a sembrar la semilla de la revolución desde su llegada a la península, tras la muerte del cardenal Cisneros. Su negativa a someterse personalmente a las Cortes de Valencia y sus elevadas exigencias dinerarias, marcaron el inicio de las *Germanías* y de la resistencia a su autoridad.

Carlos no fué tolerante ni diplomático, ni siquiera inteligente con un pueblo que le interesaba para sus campañas exteriores. Sus incumplimientos, materializados en el reparto de cargos claves, avivaron el malestar general. La política del rey y sus asesores flamencos, especialmente del Señor de Chievres, incluyó el desplazamiento del obispo de Badajoz, por Juan de Sauvage en la presidencia de las Cortes. O el nombramiento de Guillermo de Croy, un joven de dieciseis años, sobrino del propio Chievres, como arzobispo de Toledo, en sustitución de Cisneros.

Las Cortes, reunidas en Valladolid, se manifestaron dispuestas a aceptar a Carlos como monarca de los reinos castellanos, aunque no por sí mismo, sino en representación de su madre, Juana I, encerrada en Tordesillas. Las ciudades andaluzas apoyaron a la reina, que significaba la legitimidad hereditaria. Carlos volvería a ser heredero, si Juana *recuperaba* algún día la lucidez.

Las ciudades andaluzas no solo apoyaban la legitimidad -y, con ello, ponían límites al poder de un rey *extranjero*, que ni siquiera hablaba castellano- además, se negaron a otorgarle los 200.000 ducados que Carlos exigía como dote, para su empresa alemana, aunque la votación, finalmente, le fué favorable por un voto de diferencia.

Las exigencias del rey en Santiago, elevado ya a la dignidad imperial, merced a los libramientos castellano-aragoneses y a los créditos de los Fugger, con cargo a nuevos impuestos y al oro de América, fué la espoleta que activó la carga que se había venido preparando. Y aquí se produce uno de los episodios más desconocidos de la revuelta comunera, detalladamente recogido por Guichot y parcialmente referido en una leyenda de Gustavo Adolfo Bécquer.

La revolución de las comunidades, fué un movimiento organizado por las ciudades -de ahí su nombre- y parte de la baja nobleza. Y, aunque su implicación no podía ser más fuerte, por evidentes problemas de clase, tampoco fué ajena a ella una parte de la alta nobleza.

En Sevilla se había organizado un ejército, que estaba preparado para partir hacia la meseta, en apoyo de los sublevados. Esperaba una señal, en La Cruz del Campo, para entrar en la ciudad y tomar el control. La señal debía darla el duque de Osuna, que dirigía el complot.

Mientras tanto, el de Medina Sidonia, ducado que en tantas ocasiones se había decantado por los andaluces, frente al poder, en esta se dejó llevar por su enfrentamiento personal con el de Osuna. El Duque de Medina Sidonia, que se había enfrentado personalmente a Fernando V, en defensa de Juana I, antepuso ahora su enemistad a su convicción. Los emisarios que se dirigían hacia la Cruz del Campo,

fueron interceptados antes de llegar a la puerta de Carmona. Las puertas de la ciudad fueron cerradas y controladas por tropas leales a Medina Sidonia.

Las fuerzas de Osuna en el interior de la ciudad -unos mil soldados de infantería y algunos caballeros- esperaban en la collación de San Pedro, ignorantes de la maniobra. Contra ellos se lanzó el de Medina Sidonia. La batalla, librada en la calle Doña María Coronel y adyacentes, fué corta, interrumpida por la intervención personal del Arzobispo, que consiguió pacificar y separar a los contendientes.

El duque de Osuna se retiró con sus hombres al Alcázar, donde se encerró en espera de los refuerzos, en los que todavía confiaba y en evitación de nuevos enfrentamientos, ignorante de que su misiva nunca llegaría al ejército, que se disolvió sin llegar a entrar en Sevilla. El duque de Medina Sidonia, dueño ya de la ciudad, puso sitio al Alcázar, hasta que los sitiados tuvieron que rendirse.

El Consistorio, sin fuerzas que oponer, fué forzado a plegarse al duque, quien, sin defender al emperador en ningún momento, hizo más por su causa que quienes la defendían en la submeseta norte.

De esta manera terminó, prácticamente antes de empezar, una gesta que bien podía haber cambiado la historia de España.

Rafael Sanmartín